

El escritor Ciro Bayo en Arenas de San Pedro

Isaac Rodríguez

Resumen

En el mes de noviembre del año 1906, Pío Baroja, su hermano Ricardo y Ciro Bayo realizan una excursión a pie desde Madrid a Yuste, pasando por tierras de Ávila y Cáceres. Con las peripecias de este viaje, y otras de su propia cosecha, el escritor trotamundos Ciro Bayo compone la novela *El peregrino entretenido*, que contiene, entre otras muchas historias, el cuento titulado *La generala de Arenas*. Las descripciones del paisaje de Gredos, con sus pueblos y sus gentes, contribuyen al valor antropológico y literario del texto. Analizar las claves de la vida y la obra de este escritor, de la novela que provocó dicho viaje y del cuento mencionado, constituyen el propósito de este artículo.

Abstract

In November 1906, Pio Baroja, his brother Ricardo and Ciro Bayo went on an excursion by foot from Madrid to Yuste, passing through the territories of Ávila and Cáceres. The incidents during this trip, along with others of his own making, were used by the globe-trotting Ciro Bayo to write the novel *El peregrino entretenido* which, amongst many other stories, contains the tale called *La generala de Arenas*. The descriptions of the Gredos landscape its villages and peoples, contribute to the text's anthropological and literary value. An analysis of the key points in this writer's life, of his work and of the novel that inspired this trip and the abovementioned tale, constitute the aim of this article.

Casi todos los españoles, habiendo hecho el bachiller elemental, o como ahora se llame, han leído algunos textos de Unamuno, Baroja, Valle-Inclán y otros autores de la tan nombrada generación del 98. Pero pocos, muy pocos, conocen la obra singular de don Ciro Bayo, encuadrado, al menos cronológicamente, en dicha generación. He dicho singular, no por escurrir el bulto con este adjetivo poco comprometedor y nada definitorio, sino porque no es sencillo enmarcar su vasta y variada producción literaria en un grupo o estilo preciso. Y porque no me atrevo a calificarla de genial o de mediocre en su conjunto; sería un mal juez en ambos casos. Lo que sí pretendo con estas líneas es provocar un acercamiento del lector a su obra, porque –y de esto no hay duda– encontrará pasajes de indudable



Ciro Bayo

originalidad y de no poco ingenio. Si al menos uno de ustedes se lee de cabo a rabo "El peregrino entreterido", la obra que glosaremos, me daré por satisfecho. Sirva de excusa el que un episodio de esta novela se desarrolla en Arenas de San Pedro para justificar su inclusión en esta revista. Vamos al lío.

El autor

Ciro Bayo y Segurola nació en Madrid el dieciséis de abril de 1860 (según figura en los empadronamientos municipales de la Casa de la Villa de Madrid, porque en otras fuentes se habla de 1859) y murió en esa misma ciudad el cuatro de julio de 1939, cuando tocaba a su fin nuestra maldita guerra civil. Así pues, gozó de una larga existencia, aunque más cargada de penurias que de bonanza, como ahora veremos. Fueron sus padres doña Ramona Segurola y el banquero Adolfo Bayo, pero don Ciro, según Pío Baroja, "se consideraba más Segurola que Bayo. Los Segurola eran de Pasajes, Guipúzcoa, y los Bayo creo que de Yepes, en la provincia de Toledo".

El joven Ciro Bayo estudió sus primeras letras en las Escuelas Pías de Mataró, y sus estudios universitarios en Valencia y Madrid (Facultad de Derecho). Muy pronto vendría la ruptura con su familia, la independencia económica y sus continuos viajes. Así, de 1887 a 1900 se prolonga su estancia en América, que dejó en él una huella profunda que afectó a su vida y a su literatura. Fue maestro de escuela en Buenos Aires (desasando gauchos, como solía decir) durante tres años; luego viajero a caballo con dirección a la Exposición Universal de Chicago de 1892, que no llegó a conocer porque se quedó en Sucre (Bolivia) por espacio de cuatro años; y, finalmente, otros cuatro en los gomales del Beni, en plena selva boliviana.¹

De vuelta a España, el inquieto don Ciro se instala en Barcelona y, a partir de 1902, definitivamente en Madrid, donde elabora la práctica totalidad de su producción libresca, y donde se codea, en tertulias y en paseos, con otros escritores coetáneos, como Valle-Inclán, Rubén Darío o Baroja. Entre estos escritores y bohemios pronto fue un personaje popular que asombraba con el relato de sus aventuras americanas recargadas de fantasía. "Entre los escritores –dice Alicia Redondo–, la fama de Bayo no pasó de ser la de un errante aventurero, un viajero arriesgado, conocedor de medio mundo, al que se le escuchaba con gusto cuando contaba sus peripecias que, adornadas y embellecidas, parecían siempre diferentes".² Sin embargo, podemos suponer, por su propia personalidad de egocéntrica liberalidad, que Ciro Bayo no compartía la forma de vida de estos escritores bohemios, ni sus ideas literarias y estéticas. En consonancia con lo que decimos, escribe Julio Caro Baroja: "Don Ciro como escritor nada tiene que ver, ni en el fondo ni en la forma,

¹ Tomo prestados estos datos biográficos del mejor trabajo –el único integral y riguroso– que se ha hecho sobre la personalidad vital y literaria de Ciro Bayo, tesis doctoral de la profesora, hoy catedrática de la Universidad Complutense, Alicia Redondo Goicoechea: *Vida y obra de Ciro Bayo. Costumbrismo o novela*. Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, Santander, 1981.

² REDONDO, A., ob. cit., p. 258.

con los jóvenes que conoció en Madrid a principios de siglo. Fue un arcaizante o, más bien, superviviente de épocas pasadas, con una rara preocupación pedagógica, en pugna con su temperamento errante; con ideas muy formalistas sobre cómo se debe 'componer' un relato, que eran las que, a veces, lo echaban a perder".³ Lo que parece claro es que la actitud de Bayo fue la de un progresivo alejamiento de los círculos literarios del Madrid de la época, para rumiar sus andanzas y meterse en su propio mundo lleno de contradicciones, espíritu viajero y raros complejos que le hacían ser y parecer aristócrata y vagabundo a un mismo tiempo.

Al menos una vez al año salía de Madrid ("Como pájaro emigrante, siento con el buen tiempo necesidad de volar; la nostalgia de la vida de campo, de vagabundear al sol y al aire libre. Unas veces a pie, otras en cabalgadura, salgo de la ciudad casi todos los años y hago una correría, más o menos lejana, para gozar de la buena vida bohemia", *El peregrino entretenido*) para recorrer, a pie o caballero, los caminos naturales, cenicientos y agrestes de nuestra geografía. Ya por las tierras de Castilla, ya por las de Andalucía o Extremadura, gustaba de ir recolectando material vivo para su agosto literario, del que luego hablaremos.

A partir de 1913, más o menos, se inicia su decadencia personal y profesional, ya que sus escasos ingresos, de traducciones y otros pequeños trabajos por encargo, unidos a sus muchas liberalidades –todo lo daba o lo gastaba sin preocuparse del mañana, y no conocía la costumbre bohemia del 'sablazo'– le condujeron a una vida humilde de buhardilla, cuando no de extrema necesidad. En sus últimos años se va haciendo más huraño y descuidado de su aseo, para terminar en la soledad y el abandono. De los primeros años veinte, cuando Ciro Bayo cuenta con poco más de sesenta, es la siguiente semblanza que nos ofrece Julio Caro Baroja: "... parecía un hombre viejísimo. Era alto, flaco, esbelto, como dice mi tío Pío. La cara correcta e inexpresiva, recordaba la de algunos coroneles retirados de la época con su bigote blanco recortado y cierta sequedad de líneas. Los ojos tiernos y marchitos, anunciaban por algo de lagrimeo un principio de cataratas, que al fin le dejaron sumido en la ceguera".⁴

Cuando su propia miseria se hace insostenible, gracias a las gestiones del editor Caro Raggio, ingresa en un asilo llamado Instituto Cervantes Residencia de Escritores y Artistas, donde permanece, leyendo y releiendo *El Quijote*, medianamente lúcido –sigue escribiendo– y medianamente atendido hasta un día antes de su muerte, acaecida el cuatro de julio del 39 en el Hospital Provincial de Madrid. "Las semblanzas que nos han dejado –cito, de nuevo, a Alicia Redondo– sus contemporáneos lo muestran como un hombre con un temperamento aventurero y bohemio, y, a la vez, solemne y serio sin ningún sentido del humor; con un arraigado desprecio por el dinero y los intereses materiales, así como por las envidias y mezquindades de escritores e intelectuales. De un gran corazón y con

³ CARO BAROJA, J., *Semblanzas ideales*, Madrid, 1972, p. 101.

⁴ CARO BAROJA, J., ob. cit., p. 102.

un marcado sentido de la solidaridad humana dentro de su gran orgullo, fue, sin embargo, defensor de formas literarias arcaizantes que sostenían los valores más tradicionales de una clase que admiraba profundamente: la aristocracia".⁵

De su personalidad se podría hablar largo y tendido, aunque nunca con absoluta certeza, porque solamente nos podemos basar en los comentarios que de él hicieron los hermanos Baroja, Pío y Ricardo, y en las descripciones que de él mismo –reflejadas en sus personajes– adivinamos en sus escritos.

He aquí algunas pinceladas, bien luminosas, que Pío Baroja dejó escritas en sus *Memorias*⁶ y que, estando dispersas, yo presento condensadas aquí para mayor firmeza:

- “En don Ciro había siempre complejos raros y mal explicados. Don Ciro era un hombre absurdo, preocupado y despreocupado al mismo tiempo”.
- “Don Ciro Bayo era un viejo hidalgo quijotesco, un poco absurdo y arbitrario”.
- “Don Ciro tenía tipo físico y espiritual de un hombre del siglo XVII. Alto, flaco, esbelto. Como solitario, no necesitaba de nadie, como decía él. En América vivió como un aventurero: hoy aquí, y mañana, allá, ganándose la vida de periodista y de maestro de escuela”.
- “Él mismo reconocía su arbitrariedad y el ser partidario del favoritismo y de la injusticia. Decía que si fuera profesor protegería a unos estudiantes sí y a otros no. Tenía unas normas suyas, y si pensaba en el público era más bien contra él que a favor de él”.
- “Don Ciro despreciaba a los escritores; no quería ni verlos; vivía aislado. Por las mañanas salía, daba su paseo, comía en una taberna de la calle ancha de San Bernardo y, después de comer, se encerraba en su casa”.
- “En la calle andaba muy limpio, la camisa siempre nueva y un bastón en la mano”.
- “Don Ciro volvió a estar en relativa buena posición, y se gastaba el dinero alegremente. Algunas veces le encontré en la calle y me dijo: – Tengo cuatro terrones de azúcar para desayunar, y estas doce pesetitas me las voy a jugar al frontón”.
- “Cosa rara. Don Ciro creía que yo era la quintaesencia de la petulancia y del amor por la pompa. Él suponía que a mí la ceremonia me encantaba, y a mí me

⁵ REDONDO, A., ob. cit., p. 262.

⁶ BAROJA, P., *Memorias*, Madrid, 1955, pp. 587 y ss.

gustaba seguramente mucho menos que a él. Él pensaba que yo era un monstruo de soberbia. Aquí surgía su complejo raro de humildad y de orgullo”.

—“Yo no he visto hombre más arbitrario en sus ideas y en su trato que don Ciro. Todo lo hacía caprichosamente. A unas personas había que concederles lo que pedían; a otras, nada”.

Por su parte, Ricardo Baroja también habla de la extraordinaria bondad y el desprendimiento de nuestro escritor, afirmando que “no hay en el mundo quien desprecie el dinero y las cosas que el dinero proporciona como don Ciro. Si un mendigo le pidiera la capa, no la partiría por la mitad, como San Martín. La daría entera y se marcharía tiritando”.⁷ Esta última apreciación me trae a la memoria una copla popular del flamenco que dice:

No soy como San Martín
que dio media capa a un pobre.
Que yo se la doy entera,
si le sobra que le sobre.

Pero es el propio Ciro Bayo quien mejor se define por boca de sus personajes, que en muchos casos son el retrato de sí mismo. Así lo confiesa en una carta que escribe a Unamuno el 3 de diciembre de 1910⁸, dándole noticias de su *Peregrino entretenido*: “La mayor parte de los episodios que narro, son remembranzas desperdigadas de mis caravanas por España. El Pedro Mingote es Ciro Bayo”. Así de tajante. Y así de explícito presenta el narrador Bayo al personaje Mingote en la Jornada Sexta: “...vimos aparecer un hombre en la plazoleta. Era alto y nervudo y andaba a paso reposado, pero firme. Vestía sombrero achambergado, capote de monte y botas de cazador. Por el tipo y la indumentaria se me antojó una clásica visión velazqueña. No obstante, a simple vista, le clasifiqué en la categoría de los trotatierras, o viajeros que se dan al gustazo de andar por el mundo, a pie y sin dinero”. Y más adelante dice Pedro Mingote: “Sí, soy un caballero andante de nuevo cuño, o, si le parece a usted mejor, un pícaro; porque a esto viene a parar la antigua caballería traducida a la prosa de la vida corriente. Soy también letrado, que es lo mismo que decir hidalgo pobre dos veces, con la agravante de conllevar con buen ánimo y conformidad mi pobreza”. Pienso que no se puede definir mejor la actitud vital de Ciro Bayo; una mezcla, incomprensible a los ojos de los demás, de caballero y de pícaro, de hidalgo y de menesterozo, un trotamundos aristocrático que no se duele de su pobreza. Un vividor, en el más literal sentido de la palabra, que no busca el triunfo ni la riqueza, que se siente enemigo de la sociedad en que vive porque odia la vida reglamentada y codificada. “No soy —sigue Mingote— ni idealista ni utopista, ni pensador ni energúmeno, ni apóstol ni sicario. Soy un estoico, al que no se le da nada de la vida corriente y deja que se las entiendan las hombres con ellos”. Todo el capítulo dedicado al encuentro

⁷ BAROJA, R., *Gente del 98*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 142.

⁸ EREÑO ALTUNA, J. A., *Cartas de Ciro Bayo a Unamuno*, Bilbao, 1996, p. 135.

con Pedro Mingote, al que Bayo titula *Menipo II*⁹, es un verdadero tratado de la filosofía particular del escritor y un ferviente alegato de la vida errante, quijotil y desprendida. Todo se resume en la frase con que termina la plática del hidalgo viajero: "Lo confieso: soy un español rezagado del siglo dieciséis".

Hablando una tarde sobre Ciro Bayo con el profesor Juan Antonio Chavarría, éste lo definió como 'un perdedor de su tiempo'. Contra este trazo no hay tutía.

Su obra

Hemos dicho al principio que su obra es abigarrada y amplia, como se atestigua haciendo un somero repaso de los títulos que la conforman. Para seguir un cierto orden, se me antoja calificarlas en tres grandes bloques: a) las de sus vivencias americanas (hay quien le considera el último cronista de las Indias), de carácter histórico, legendario o filosófico, como *Romancerillo del Plata*, *Los Césares de la Patagonia*, *Leyenda áurea del nuevo mundo*, *Los Maraños* (para muchos, una de las fuentes del *Tirano Banderas de Valle-Inclán*), *El peregrino en Indias*, *En el corazón de la América del sur*, *La colombiada*, *Los caballeros del Dorado*, *Aucafilú*, *Época de rosas*, *Manual del lenguaje criollo de Centro y Sudamérica*, *Chuquisaca o la plata perulera*, *Cantos populares americanos* y una docena más de parecido cariz; b) obras de encargo, de escasa importancia literaria pero que le permitían 'ir tirando' en épocas de sequía económica. Los títulos lo dicen todo: *Higiene sexual del soltero*, *Higiene del verano y los veraneantes*, *Dormir la mona*, *Colección de frases y refranes en acción*, *Epitalamio a las bodas de Alfonso XII*, *Venus catevática*, *Tratado de galantería*, etc.; y c) narraciones autobiográficas y novelas, donde se destacan cuatro títulos que son los cuatro puntales de su literatura: *Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo* (sobre sus juveniles experiencias carlistas), *El peregrino entretenido. Viaje romancesco* (por tierras de Ávila y Cáceres), *El Lazarillo español* (seguramente su mejor obra, sobre sus andanzas por tierras manchegas, andaluzas y levantinas) y *Orfeo en el infierno* (novela moral sobre la juventud, la seducción y la alcahuetería).

No es sitio este para analizar pormenorizadamente cada una de sus obras –treinta y cinco conservadas, según el recuento de Alicia Redondo, que considera a trece como libros de viaje y a las veintidós restantes como trabajos de erudición y divulgación– pero sí para apuntar algunas características generales de todas ellas.

Joaquín de Entrambasaguas, en su introducción al *Peregrino entretenido*¹⁰, considera las novelas de Ciro Bayo como picarescas, y no hay duda de que comparten alguna de las premisas que caracterizan a este género: la narración en primera per-

⁹ *Menipo*: Menipo de Gadara (ss. IV - III a. J. C.), filósofo de la escuela cínica y escritor griego. Se le considera habitualmente inventor de la clase de sátira denominada en su honor *sátira menipea*, escrita alternando verso y prosa. Aunque su doctrina se ha clasificado como cínica, presenta rasgos cercanos al hedonismo.

¹⁰ ENTRAMBASAGUAS, J. de, *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo IV, *El peregrino entretenido*, Planeta, Barcelona, 1969.

sona, como si se tratara de una autobiografía real, la descripción de un ambiente que refleja lo negativo de la sociedad, el proceso itinerante de sucesivas aventuras, el individualismo, el estilo castizo... etc. Pero creo que falta el elemento principal de la novela picaresca: el pícaro. Entrambasaguas, no obstante, trata de justificar esta carencia presentándonos a Ciro Bayo como un pícaro contemporáneo, que se mueve como tal en el vivir de su tiempo, que no roba, ni engaña, ni busca las trazas para comer y medrar, pero sí es buscavidas que se entretiene en sus aventuras. "Conforme a la época en que vive, el pícaro literario de *El peregrino entretenido*, comienza esta peregrinación, no aventura y menos huida, como sus congéneres de la literatura, porque le entretiene y se entretiene en ella. Este pícaro de nuestro tiempo lleva en sí un humanista y un estudioso, que se manifiesta cuando debe, sin pedantería, con la naturalidad de lo que es propio y no inventado".¹¹

Pero visto así, cualquiera puede ser Lázaro o Pablos si es de algún modo trotamundos. Más coherente me parece la postura de Alicia Redondo quien, en sus estudios sobre Ciro Bayo, considera su literatura como costumbrista: por las reminiscencias que este estilo literario de finales del siglo XIX dejó en la escritura de nuestro autor (su paréntesis americano y sus propias ideas le privaron de las nuevas corrientes naturalistas, realistas y, luego, vanguardistas), por los temas y argumentos que aborda y por el estilo castizo y popular que rezuman sus páginas. "Situado cronológicamente muy cercano a la generación del 98, donde lo enmarcan la mayoría de sus comentaristas, no tiene apenas nada que ver con ésta, ni ideológica ni literariamente, mientras que sí se relaciona estrechamente con las formas costumbristas de la escuela de Mesonero Romanos. Bayo las revive, e intenta transformarlas en novela ofreciéndonos, con cincuenta años de retraso, el proceso más característico de la narrativa del siglo XX".¹² Por todo esto, la profesora Redondo considera que Ciro Bayo realiza una labor de intermediario entre sus contemporáneos, como Valle-Inclán, y sus sucesores, como Camilo José Cela.

A las consideraciones anteriores, que etiquetan su obra como picaresca o como costumbrista, me atrevo a añadir una tercera lectura: las memorias. Tanto sus libros de viaje por América como el resultado novelesco de sus viajes por España, no dejan de ser libros de memorias, adornados de fantasía, que dan cuenta de su vida y sus andanzas: una pertinaz autobiografía disfrazada de cuento. En el prólogo de su novela *El Lazarillo español* invita al lector para que sea cómplice de su vida vagabunda: "aprenderás conmigo muchas cosas de la España vieja y de la España nueva. No te importe acompañarte de un vago; sólo el ponerse bajo la protección de la santa curiosidad hace a los desarraigados, a los aventureros, a los filósofos trashumantes, nobles por el espíritu y fortaleza de corazón".¹³

¹¹ ENTRAMBASAGUAS, J. de, ob. cit., p. 25.

¹² REDONDO, A., ob. cit., pp. 254-255.

¹³ BAYO, C., *El Lazarillo español*, ed. de José Esteban. Cátedra. Madrid, 1996, p. 51.

Nadie duda de que don Ciro Bayo hace de su vida su obra, porque retrata en su obra su vida, novelesca en sí.

Sus viajes fueron su principal fuente de inspiración, tamizados por su particular filosofía vital y engalanados con una prosa fluida, erudita y arcaizante que imita, sin disimulos, el pasado glorioso de nuestra literatura áurea.

El peregrino entretenido

Esta novela fundamental de Ciro Bayo tiene su origen en un viaje, el que realizaron Pío Baroja, su hermano Ricardo y nuestro autor desde Madrid a Yuste, pasando por tierras de Ávila, durante veinte días. De las impresiones de este peregrinaje hicieron tres obras de arte, una por viajero.

Pío Baroja aprovecha la aventura como contexto de su novela *La dama errante*, que forma parte de su trilogía *La raza* y que –en palabras certeras del profesor Chavarría– “es novela de locuacidad anarquista, de intelectuales discursivos, de hermoso paisajismo impresionista, de tipos populares tomados del natural, de gente pintoresca de vida errante, de ventas, posadas y paradores de caminos. Las tierras de Ávila, así como la decrepita España de la Restauración, no salen bien paradas. Se impone la denuncia anarquista: miseria, atraso, paludismo, abandono, incuria y el aplastante poder del caciquismo local”.¹⁴

Ricardo Baroja, por su parte, con los apuntes tomados en distintos puntos de la travesía, compone seis planchas de aguafuerte: dos estampas de Ávila (*Lanzahíta* y *Baile de las castañeras de Ntra. Sra. De Chilla*), dos de la Vera extremeña (*Madrigal de la Vera* y *Posada de Madrigal*) y dos del camino de vuelta (*Oropesa* y *Patio de una casa de labranza*).

Y nuestro autor *El peregrino entretenido. Viaje romancesco* (en el sentido de viaje novelesco), de la que hablaremos ahora con más calma.

Ya es novelesca la preparación del viaje, y de ella da cuenta Pío Baroja en sus *Memorias* y, con más gracia y mayor detalle, su hermano Ricardo en *Gente del 98*. Transcribo de éste algunos párrafos ciertamente divertidos: “Compro un borriquito. Me aseguran que atiende al nombre de ‘Galán’. Es una solemne mentira. No atiende más que a los palos; pero le llamaremos ‘Galán’. Compro albardas en la calle Toledo, el baste en la Cava Baja. Fabrico una tienda de campaña. Adquiero un abadejo, un saquito de habichuelas, una pierna acecinada, un bolso de arroz, una sartén de hierro, una cantimplora de aluminio, cucharas y tenedores de boj. Nos pertrechamos mi hermano y yo con botas de piel de vaca y suela claveteada,

¹⁴ CHAVARRÍA VARGAS, J. A., “Con Ciro Bayo y los hermanos Baroja por tierras de Ávila (1906)”, *Revista Cultural El Cobriza*, Ayuntamiento de Ávila, Año IX, nº 15. Segunda Época. Verano 2006, pp. 32-34, 66-68.

trajes de pana, capotes de monte, polainas de cuero.

Voy por la noche a la horchatería, y digo:

-Pasado mañana, a las dos de la madrugada, salimos de Madrid rumbo a la sierra de Gredos. Llegaremos al monasterio de Yuste. El que quiera que nos siga.

Excepto don Ciro, ninguno de los contertulios se decide a cambiar el pavimento madrileño por la carretera. Mi proyecto es puesto en solfa por toda la turba artísticoliteraria ...”

“Don Ciro Bayo se presenta. La única modificación que noto en su habitual indumentaria es que ha sustituido su sombrero hongo con una gorra amarillenta. Lleva encima su inseparable gabán.

Mira don Ciro al burro y dice:

- Este pobre animal está horriblemente enjalmado. ¡Como se conoce que son ustedes novatos en estas cosas!

Deshace mi labor y comienza a cinchar y enjaltar el borrico, mientras nos explica cómo se dispone la carga sobre las llamas del Perú para atravesar los Andes. A las dos y media de la mañana el convoy está dispuesto. Abrimos la puerta de casa, y don Ciro, llevando el ronzal de ‘Galán’, sale a la calle.

El fresco de la noche parece embriagar al burro. Levanta el hocico, rebuzna, y, dando un corcovo, se derriba al suelo, las cuatro herraduras al aire.

¡Adiós científica enjalmadura a la manera de los arrieros andinos! El abadejo cae por un lado, la cecina por otro, la bolsa de arroz medio se destripa, los cacharros ruedan calle abajo. Arrimo dos estacazos a ‘Galán’ y logro tranquilizarle. Se hace la estiba a la luz de un farol, y por la calle de Segovia salimos de Madrid ...”

“En cuanto a don Ciro le dio el sol y el polvo de la carretera le prestó pátina de gris, entonó con el ambiente en figura y en colorido. Era el verdadero caminante. Ese que se encuentra a veces recostado en la cuneta, o de travesía en un descampado. Indiferente a todo, lo mismo le da llegar tarde que no llegar nunca a su destino. Ese que asusta a los chiquillos. Ese a quien el torvo guardia civil detiene para tomarle la filiación y llevarle a la cárcel.

Mi hermano y yo le contemplábamos con envidia, porque los dos, con nuestras botas nuevas, polainas y trajes flamantes, teníamos el aire pedantesco y ridículo del señorito turista, al que han recomendado los viajes como complemento de la educación.”¹⁵

Luego cuenta Ricardo Baroja las excusas de Valle-Inclán y otras anécdotas del via-

15 BAROJA, R., ob. cit., pp. 142 y ss.



"...y, dando un corcovo, se derriba al suelo, las cuatro herraduras al aire" (Ilustración de J. A. Pájaro)

je, así como curiosas tertulias donde destacan las batallas imaginarias que dirige Ciro Bayo por los pueblos de Gredos, y la vuelta a Madrid, con el terco 'Galán'.

La novela de Bayo no es sino una sucesión de cuadros costumbristas, episodios de caminantes y cuentos populares débilmente engarzados por la figura del narrador viajero. Está dividida en doce jornadas (más un preámbulo y una conclusión) que no se corresponden con el tiempo y el espacio del itinerario real. El término jornada tiene más el sentido clásico de acto, con una o varias escenas que, en ocasiones, el autor subdivide y titula expresamente.

Según Pío Baroja, la novela no tiene nada de lo visto en el camino, es un libro de episodios y aún de paisajes inventados. Ciro Bayo enlaza, con suficiente habilidad, un buen número de anécdotas, apólogos, digresiones, personajes y costumbres fruto de su continuo acarreo vital.

En la novela utiliza casi todas las formas literarias habituales (narración, teatro, versos, cuentos, discursos...) y las organiza con una estructura que podríamos denominar 'relato sarta', que es la prototípica del cuadro satírico-moral de costumbres.

Las jornadas, a su vez, suelen tener una estructura interna parecida: localización espacio-temporal precisa, encuentro con uno o varios personajes, diálogo, invitación a su casa y relato o puesta en escena del argumento del cuento. Con frecuencia se intercalan —a la manera cervantina— otras historias o digresiones filosófico-morales del narrador.

Estos paréntesis a veces suponen una ruptura del discurso narrativo que resulta farragosa o innecesaria, pero, en otros casos, constituyen alardes narrativos de indudable originalidad e interés: los cabestros eunucos, las orejas de los mulos, el matrimonio y la mano, la apología del cerdo... ironía e ingenio del mejor Quevedo.

También destacan algunos discursos de carácter social que son reflejo de las ideas del autor y que permiten conocer alguno de los aspectos históricos o económicos de la época. Referencias a la agricultura, la ganadería, la política, la religión o el arte, donde manifiesta su propia visión crítica de la realidad. Valgan de muestra estos dos pasajes, uno más agresivo y otro más sutil: "El gitano es hijo del interés y padre del robo; es vigilante en su negocio y perezoso en el ajeno; parece que regala y vende; siempre procura engañar y se juzga engañado; es tan enemigo de la verdad, que con la cara miente. A nadie quiere bien, y se trata mal a sí mismo; de todo recela, aún de sí mismo desconfía; de nadie habla bien, menos de Dios, y es porque no le conoce. Cuando se le ruega, se estira; si se le manda, se finge cansado; come de lo suyo lo que basta para vivir y de lo ajeno hasta reventar. No conoce ningún sacramento, y de todo hace sacramento".

“Las personas ociosas se distinguen de las que trabajan en que aquéllas dicen: ‘una peseta’, ‘un duro’, y éstas ‘cuatro reales’, ‘veinte reales’. *Veinte reales* representa, en efecto, una suma de esfuerzos, una labor, una ganancia difícilmente obtenida. *Un duro* no es nada; es un disco de plata tirado al aire, echado al acaso, un duro nada más.

El rico dice ‘un duro’; el trabajador: ‘veinte reales’. El paleta llama diez céntimos a lo que el pródigo golfo madrileño una perra”.¹⁶

Podemos asegurar, sin temor a yerro, que la novela de Ciro Bayo es casi un pretexto para manifestar, entre cuento y cuento, sus ideas regeneracionistas (en la jornada VII presenta a examen los males de la agricultura y de la clase rural castellana) y su visión crítica sobre la historia de España (sobre todo la de Carlos V).

El itinerario de este viaje literario discurre por tierras de Madrid, Ávila, Cáceres y Toledo.

De madrugada parten de la capital cruzando la Puente Segoviana y, subiendo por la carretera de Extremadura, llegan a Campamento y Carabanchel, donde descansan. En Móstoles hay una bifurcación y el burro ‘Galán’ decide tomar el camino de Villaviciosa de Odón, Brunete y Valdeiglesias, con destino a la sierra de Gredos. La Adrada con su feria, sirve de escenario para las jornadas IV y V.

Y de La Adrada pasan a la serranía: Mijares, Lanzahíta, Mombeltrán, Pedro Bernardo... hasta recalar en Arenas de San Pedro, donde transcurre el episodio motivo de este estudio y donde termina su periplo abulense.

Ya en Cáceres pasan por Madrigal de la Vera, Jarandilla y Cuacos, antes de llegar a su destino: el Monasterio de Yuste. De vuelta a Madrid atraviesan Talavera, Maqueda, Torrijos, Illescas y Navalcarnero, “a cinco leguas de Madrid, en el camino de Extremadura”.

Estos son los lugares que se nombran en la novela, en algunos de los cuales transcurren sus principales episodios.

Las historias de mayor enjundia literaria o, simplemente, más entretenidas considero que son las siguientes:

- El encuentro con los gitanos y el trato de las perdices, camino de Villaviciosa de Odón.
- La burla –ciertamente picaresca– que ejecutan dos maletillas en el parador de Brunete, engañando a la ventera con una apuesta fingida.

¹⁶ BAYO, C., *El peregrino entretenido. Viaje Romancesco*, edición de Joaquín de Entrambasaguas, pp. 66 y 70.

- La del naturalista tirolés al que confunden, en Valdeiglesias, con un famoso anarquista.¹⁷
- La historia del peregrino Vicente y la niña Ramona, que es un hermoso cuento de una nueva cenicienta, donde no faltan las “madrastras” malas ni la buena madre adoptiva.
- La del cura de aldea, pescador de almas y pescador de truchas, cándido filósofo, apologista en sus sermones y utópico noventayochista defendiendo el progreso. No me resisto a transcribir uno de sus discursos:

“—A esto iba, caballero; antes que un hombre pueda nadar, debe entrar en el agua; antes que pueda jinetear, debe montar a caballo, y antes que pueda ser ciudadano inteligente, debe recibir educación cívica, que nadie se cuida de dar en España. De ahí resulta que estos pobres aldeanos se dividan en bandos políticos y con más ardor se disputen por el color de una escarapela, signo de esclavitud, que por la conquista de un derecho positivo, emblema de libertad. Pero esto no puede seguir así. Esta noble, esta abandonada clase rural, músculo de la nación, alma de la raza, ¿seguirá muriéndose de inanición y de abandono? Abran los ojos quienes puedan ver, y los oídos los que quieran oír los aislados clamores, que ya suenan en los recovecos de las aldeas. Yesca son donde prende ya la chispa volandera. Hagamos todos por que el humo que brote sea como nube de incienso ofrendado al trabajo sano y fecundo de la tierra, en vez de incendio que todo lo arrase”.¹⁸

- La práctica sabiduría de don Braulio Corvalán, el halconero de Pedro Bernardo.
- Las particulares vivencias del médico especialista de Madrigal, del aventurero Gastón y del pintor de Cuacos.
- Y, sobre todo, la interesante comedia de enredo que se nos describe en la jornada novena, *La generala de Arenas*, que analizaremos en el siguiente epígrafe.

Los personajes de estas historias son casi todos masculinos (con la destacada excepción de la generala) y, los principales, *alter-ego* del escritor. Podemos decir que Ciro Bayo crea con facilidad tipos costumbristas —gitanos, rufianes, guardias, pícaros labradores, ‘castellanos viejos’, criados, posaderos, caciques y otros muchos—, pero le cuesta crear personajes redondos, que evolucionen durante el relato o que presenten características físicas y psicológicas diferenciadas. Casi todos son parecidos, incluso podríamos decir que físicamente se está describiendo siempre a sí mismo: alto, moreno, delgado, de ojos grandes, nariz afilada y edad madura imprecisa.

Destacan especialmente Jenaro Scherer (el naturalista tirolés), el Sr. Vicente (peregrino bondadoso), Pedro Mingote (el viajero errante que “rueda por el mundo

¹⁷ El anarquista Mateo Moral, quien el 31 de mayo de 1906 cometió un atentado contra los reyes de España, Alfonso XII y Victoria Eugenia, en el nº 88 de la calle Mayor de Madrid. Este episodio es también fundamental en *La dama errante* de Baroja.

¹⁸ BAYO, C., ob. cit., pp. 130 y 132.

caramboleando”, el autentico Ciro Bayo), don Braulio (el halconero de Pedro Bernardo y hermano de la generala), Gastón el aventurero, el cura de Mijares y el pintor de Cuacos.

Por lo que respecta a la manera de escribir y a los recursos literarios de don Ciro Bayo, es obligado destacar su estilo arcaizante, cultista y complejo, tanto en lo que se refiere a la sintaxis como al léxico; por sus propias convicciones y por la obligatoriedad de engarzar numerosos elementos heterogéneos.

Encontramos abundantes referencias metalingüísticas, siempre para defender un uso purista y clásico del idioma. A la vez que critica el uso vulgar o la sintaxis a la catalana (“puñaladas traperas al idioma”), utiliza numerosos arcaísmos y giros en desuso (‘una su hermana’, ‘cuya era la causa’, ‘no solamente, sique también’, ‘la del alba seria’, ‘a fuer de hombre discreto’, ‘hízose ya mi condumio’, ‘plúgome el sitio y adormecime’, ‘como diz que hizo’, ‘ya eran idos’, ‘viva la fama, maguer sea fama infame’, ‘así en villas que en ciudades’), americanismos (baguales, abras –por collados-, pampichuela, platudo, adolorir, cucho –cerdo-, carape, güiro) refranes y frases hechas (‘a un diestro un presto’, ‘herrar o quitar el banco’, ‘alón que pinta la uva’, ‘cuanto más salta el mono, más se le ve la cola’, ‘hacer a pelo y a pluma’, ‘no decir oste ni moste’) así como numerosos giros y vocablos del lenguaje coloquial (encimar, fanfarria, en un santiamen, mechinal, de higos a brevas, meter baza, a porrillo, a trochemoche), esa forma de hablar el rancio castellano que tanto gustaba a nuestro escritor: “Lo que más seduce de estos castellanos viejos es su parla y cómo pronuncian. Hablan un castellano rico como el oro y sonoro como la plata, casi arcaico. Dicen: *el mi compañero, tratemos verdad, oya y traya, denantes, se me hace vergüenza; y a tal y a tanto, en cas de y maldir; por tal y tanto, a casa de y maldecir*. Esta antigüedad concilia majestad al lenguaje y uno como religioso respeto, porque así hablaron nuestros héroes. Tal el habla, tal el paisaje: sencillo de líneas, pero limpio y soleado”.¹⁹

En ocasiones –sobre todo en verso- ese decir coloquial le lleva a un prosaísmo vulgar de escaso lirismo; como el de este ripio, que sólo se justifica por ponerlo en boca del cura de Mijares:

“Atento oyó el camello
la monserga del guía,
al que volviendo el larguirucho cuello
le replicó con mucha sangre fría:
- ¡Vaya, que no estás bueno!
¿No se te representa
que yo trabajo en interés ajeno
y ella trabaja por su propia cuenta?”²⁰

¹⁹ BAYO, C., ob. cit., pp. 88 y 89.

²⁰ BAYO, C., ob. cit., p. 154.

Como contrapeso hay que hacer notar su abundante caudal de referencias a autores de la literatura universal (unas setenta citas) como Séneca, Shakespeare, Nivicoff, Plinio, Santa Teresa, el Rey Sabio... y, por supuesto, Cervantes, que es lugar común, por ser modelo.

Curiosamente no cita a ningún escritor posterior a 1850, aunque se acuerde de autores menores como el padre Claret y su *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo*.

Para terminar este epígrafe sobre *El peregrino entretenido* –toda vez que, por vagancia cierta y por presunta incapacidad, renuncio a escribir una sinopsis final-, me limito a copiar cuatro citas de otros tantos autores que lo resumieron ya con absoluta precisión: Alicia Redondo, José Fradejas, Juan A. Chavarría y el propio Ciro Bayo:

“*El peregrino entretenido* se nos ofrece, a pesar de las contradicciones, como una obra claramente costumbrista en su composición, temas, técnicas literarias y estilo, presididas por una visión del mundo e ideología que corresponden fielmente al género citado”.²¹

“Prosa, por lo que hemos leído, elegante; vocabulario, rico y popular; intención docente y crítica. ¿Se puede pedir más?”²²

“La prosa rica y castiza, de indudable talento literario, de este viaje romanesco por la profunda España interior, presta especial atención a los paisajes, a los viejos pueblos españoles, a las figuras extravagantes y errabundas de los caminos, a los retratos personales de tipos populares y curiosos; todo ello aderezado siempre con animados diálogos, sabrosas descripciones y una buena dosis de ingenio e imaginación”.²³

“Vamos al *Peregrino*. Como verá usted, el itinerario, el paisaje, es un pretexto para hablar de muchas cosas. El país que describo a grandes rasgos, lo recorrí, hará cuatro años, a pie, en compañía de Pío y Ricardo Baroja. Saliendo de Madrid y llegando a Yuste, nada más. Pensábamos recorrernos hasta Guadalupe, pero como hicimos la excursión en Noviembre, el tiempo nos disuadió del proyecto. La mayor parte de los episodios que narro, son memoranzas desperdigadas de mis caravanas por España”.²⁴

La generala de Arenas

Este episodio, que ocupa por entero la jornada novena, es uno de los más sabrosos de todo el libro. Es el último que se desarrolla en tierras de Ávila y se inicia,

²¹ REDONDO, A., ob.cit., p. 275.

²² FRADEJAS LEBRERO, J., *Don Ciro Bayo y Seguro*, Artes Gráficas Municipales, Madrid, 2001, p. 15.

²³ CHAVARRÍA VARGAS, J. A., ob. cit., p. 66.

²⁴ EREÑO, J. A., ob. cit., p. 135.

lógica y hábilmente engarzado, tras el del halconero de Pedro Bernardo. La estructura de este capítulo es singular y perfectamente diseñada, porque Ciro Bayo lo divide en tres partes (que nos recuerdan las tres unidades básicas del teatro aristotélico) que vienen a ser el planteamiento, nudo y desenlace de las comedias clásicas del Siglo de Oro. El primer 'acto' se titula "De caballo a caballo" y sirve de marco para la ubicación espacio-temporal, la presentación de los personajes principales y el planteamiento de la trama. El segundo lleva por lema "Octava epitalámica" (en clara referencia a los rezos periódicos y al matrimonio) y da cuenta del enredo principal. Y, por último, en "Función de títeres" se celebra, con un teatrillo de marionetas, el feliz desenlace de la peripecia conyugal.

Todo el capítulo es, por tanto, una réplica de las comedias de enredo al modo de las de Lope o Calderón. Y para justificarlo, veamos ahora, al detalle, el argumento.

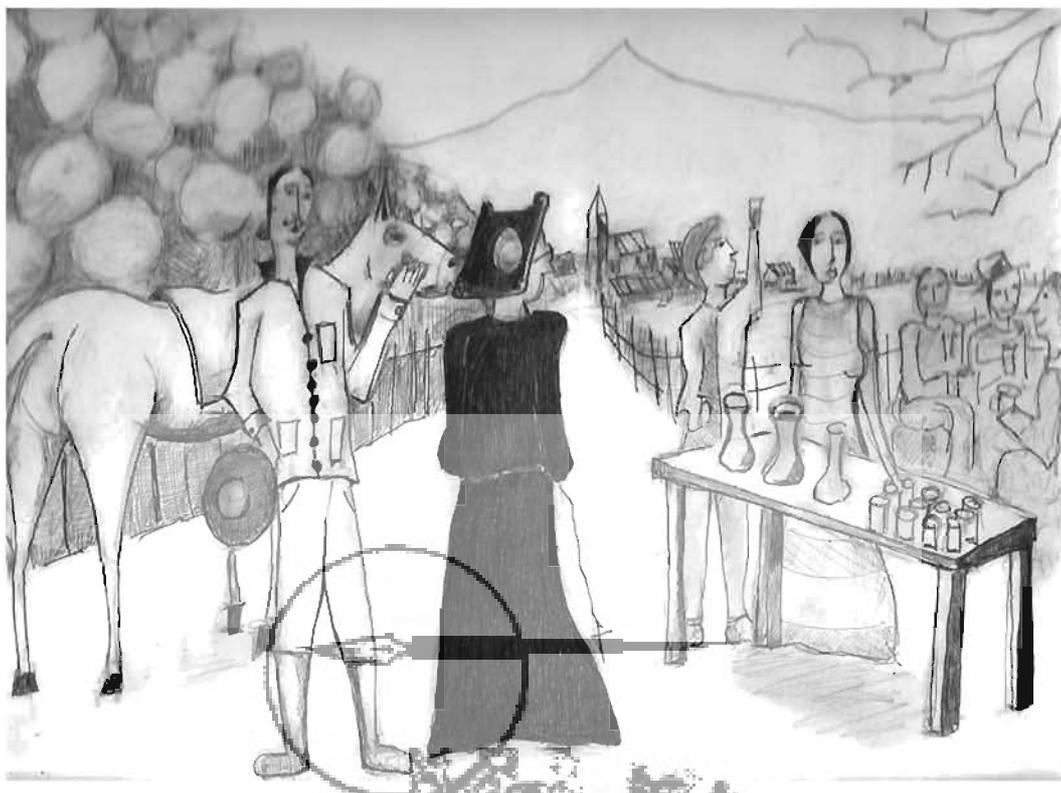
La generala de Arenas, de nombre Petra, y viuda de un general, es una mujer resuelta que pretende y consigue casar a su hijo Paco –abogado reciente– con una señorita del pueblo, rica y hermosa. Pero dejemos a la voz narradora de Ciro Bayo que nos presente a la madre y al hijo: "La generala, como por antonomasia llama todo Arenas a doña Petra, ha tiempo vive desasosegada por causa de su hijo Paco, heredero de un nombre ilustre en los fastos de la milicia. El caso no es para menos. Figuraos una madre que cifra todos sus amores y esperanzas en su único hijo; que lo crió a sus pechos; que le ha conducido de la mano por el camino de la vida; que le procuró educación civil y religiosa; que al verlo hecho un hombre le busca una compañera parigual a él, y que el hijo se la desprecia. Paco hizo todavía peor que esto".²⁵

Con estas pocas líneas ya nos ha metido don Ciro en el meollo de la intriga.

El caso es que Paco, al poco de casarse, desaparece y hace creer que se ha ido a Madrid. Pero no, pronto se sabe que el 'desaborido' anda escondido en las afueras persiguiendo los favores de una damisela del lugar, viuda esquiva, joven y hermosa. Cuando llegó a oídos de la generala la escapada de su hijo hizo llamar a su hermano, de ella, que no era otro que el capitán don Braulio Corvalán, el que perdió a su halcón 'Mambrú' en el capítulo anterior. "Los hombres –dice Bayo a modo de sentencia– nos dejamos atrapar tan fácilmente como los pájaros, pero como éstos somos difíciles de guardar".

Braulio, que dice infundir respeto en su sobrino, emprende viaje, de Pedro Bernardo a Arenas, acompañado por el narrador peregrino, con el fin de convencer a Paco para que vuelva al redil. En el camino, tras algunas reflexiones sobre el matrimonio y vehementes descripciones del hermoso paisaje de Gredos, se topan con un tenderete. "A la salida de uno de esos pinares, pasamos ante una enra-

²⁵ BAYO C., ob. cit., p. 167.



"...al acecho de caminantes ante una mesita de agua, aguardientes y otros licores infernales" (Ilustración J. A. Pájaro)

mada, con su banderita a modo de enseña, donde la mujer de un leñador está al acecho de caminantes ante una mesita con agua, aguardiente y otros licores infernales. Unos muleros sentados en los fardos paladean unas copas, en tanto que las acémilas refrescan el lomo".²⁶

También hay un fraile, romero, milagrero o saludador (que sana, no que saluda), que es "una estatua viva de San Roque" y dice curar con sus oraciones los más dispares males de los crédulos aldeanos: oraciones contra el rayo que se desgaja de las tormentas, rezos a Santa Polonia para que baje la hinchazón de los ojos, otros para hacer que una mujer para varón y, sobre todo –porque es su especialidad- conjuros para curar la enfermedad de perro rabioso.

Este encuentro da pie al autor para criticar abiertamente las creencias populares, infundadas pero ciegas, de la gente de campo que "entre la lanceta de médico y el aliento del saludador opta por lo último". "La gente de por aquí –concluye Bayo– sigue esperando de lo sobrenatural el remedio de sus enfermedades".

Entroncado con esta idea, nos ofrece una digresión, un tanto provocativa, sobre la filiación de San Pedro de Alcántara, el Santo que veneran los arenenses: "– Bas-

²⁶ BAYO, C., ob. cit., p. 170.

ta –dijo don Braulio, cortándome la palabra- Aquí no hay más Pedro que el de Alcántara. Los demás apenas se llaman Pedro. Mis compueblanos, enmendando la plana al santoral, llámanle San Pedro de Arenas, porque dicen que si bien nació en Alcántara, también San Antonio nació en Lisboa, y, sin embargo, Padua se lleva la fama. Lo único que han conseguido es imponer el nombre geográfico de Arenas de San Pedro, lo cual es rebajar mucho la media, porque no es lo mismo dar el pueblo al santo, que el santo al pueblo; pero ello les satisface, a trueque de quitar el saborete extremeño de Alcántara; que hasta en esto se conocen los celos regionales”.²⁷

En competencia con las malas brujas de Gredos, que mandan nublados de piedra y granizo para destruir las cosechas, el santo de Arenas llevó a cabo algunos milagros, muy conocidos, que nos apunta Ciro Bayo; como el de ‘las zarzas sin espinas’ del convento de las afueras, el de la higuera milagrosa que nació de un cayado o el de la procesión que discurrió en medio de un aguacero sin que nadie se mojara ni se apagaran las llamas de los cirios. Saboreando estos cuentos llegan a Arenas de San Pedro y se disponen a descansar, uno en una fonda y el otro en la casa de su hermana. Pero como habían hecho buenas migas durante el camino quedaron en verse pronto. A las dos horas ya estaba el capitán don Braulio contándole al peregrino entretenido el plan de operaciones de la generala, “una estrategia consumada”, para la reconquista de Paco.

“- De suerte- acabó por decirme Corvalán-, que necesitando el recurso de muchos, usted me hará bien de cooperar a la empresa. Con esto, descansa usted y tiene argumento para sus memorias de viaje”.²⁸

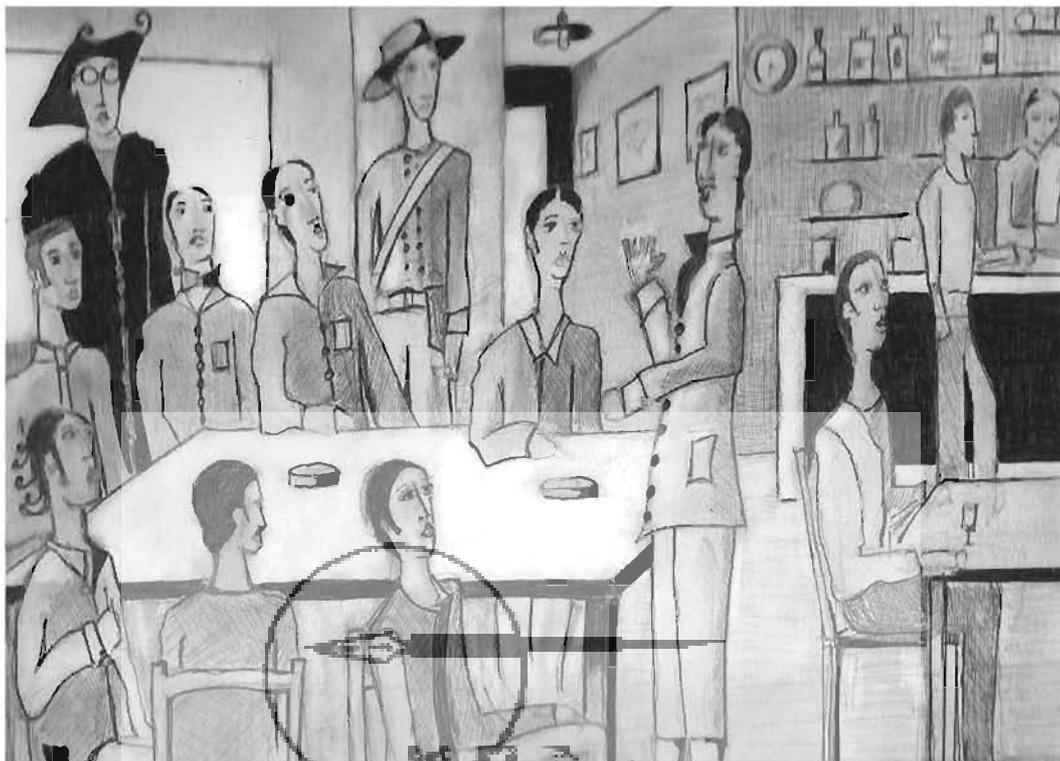
En la segunda parte (“Octava epitalámica”) se lleva a cabo la estratagema que urdió la generala para recuperar a su hijo y consolar a su nuera.

Don Braulio, aprovechando la influencia que tiene sobre Paco, le ofrece sus servicios de tercería para conseguirle una cita con su amante. El tío, en funciones de alcahuete, consigue convencer a Paco, asegurando que se ganará también a la viuda esquiva, para que se reúnan cierta noche y en cierto caserío a las afueras de Arenas. Porque esto es natural y es cosa de hombres, le dice. A los pocos días, no sin antes tomar algunas precauciones, “dama y galán se encuentran en una alcoba a oscuras”.

Mientras ellos se abandonan al placer, Braulio se reúne en el casino con algunos notables para que le sirvan en su empeño, para que vean la puesta en escena de la obra de su hermana Petra. “Cumpliendo un encargo suyo, el conserje tenía reservado un saloncito con la mesa servida para un refresco. A ella nos sentamos todos los apalabrados por el capitán: el juez, el alcalde, el secretario municipal,

²⁷ BAYO, C., ob. cit., p. 171.

²⁸ BAYO, C., ob. cit., p. 174.



“Nos sentamos todos los apalabrados por el capitán: el juez, el alcalde, el secretario municipal, el notario ...”(Ilustración de J. A. Pájaro)

el notario, el teniente de la guardia civil y tres personas más, entre fabricantes y ricos hacendados de Arenas.”²⁹

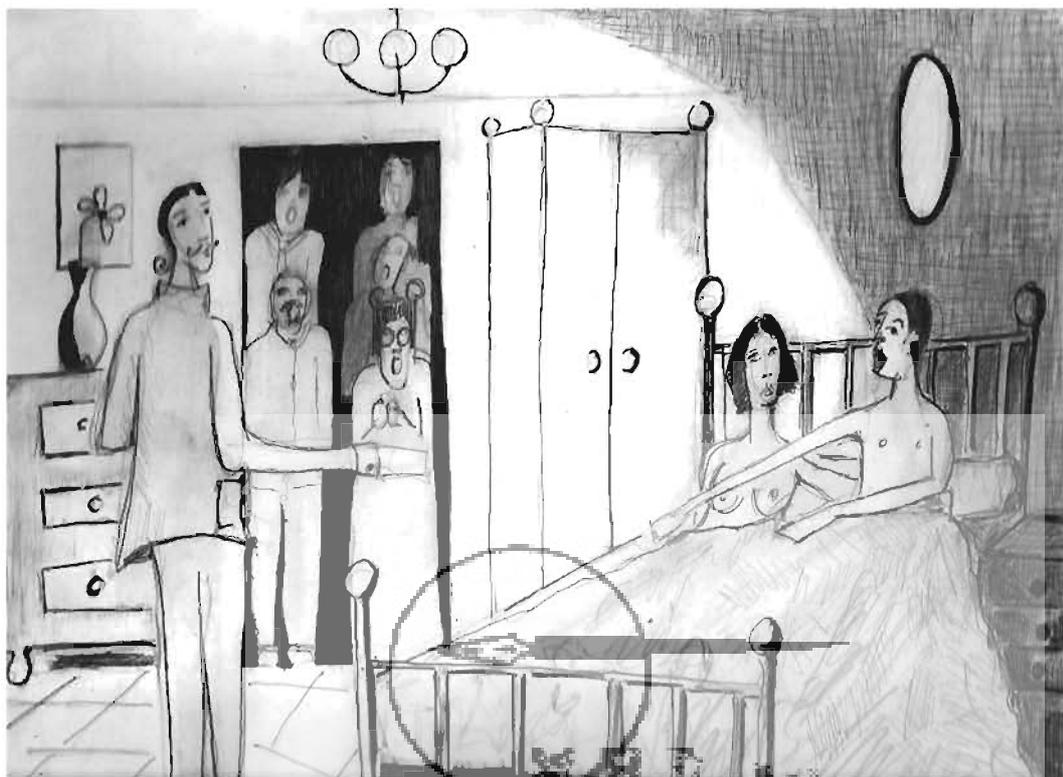
Se trata de ir en comitiva a la casa donde están holgando los dos amantes y sorprenderles en ‘el garlito’. “La generala deseaba con este golpe de mano poner fin al escándalo marital de su hijo y que éste se decidiera por herrar o quitar el banco, o enmendarse o divorciarse”.

Todos se ofrecieron para testificar, a una, la falta de honestidad del tenorio Paco y se presentaron de madrugada en la finca. “Subimos la escalerilla, y al termino de un corredor topamos con una puerta cerrada. Era la correspondiente al sitio donde estaba Paco refocilándose en el huerto de Venus, acariciando las más regaladas pomas del mundo”.³⁰

Al verse sorprendido por la comitiva, Paco clama por su honor, y su amante por la sábana, para cubrir su desnudez. Pero la sorpresa fue mayor, sobre todo para el conquistador, cuando se descubrió, a la luz de las velas, que la mujer que con él yacía no era otra que su propia esposa. Hubo perdón mutuo y grande regocijo de la cuadrilla de notarios.

²⁹ BAYO, C., ob. cit., p. 177.

³⁰ BAYO, C., ob. cit., p. 178.



"...donde estaba Paco refocilándose en el huerto de Venus" (Ilustración de J. A. Pájaro)

La generala escuchó impasible el desenlace de la aventura, "como autor que está segurísimo del éxito de su drama" y por todo Arenas pronto corrió la buena nueva que supuso el desenlace de la farsa.

Para celebrar el éxito, Petra, la generala, 'con mayestática gravedad' recibió a sus hijos y no reparó en gastos a la hora de celebrar lo que bien puede llamarse tornaboda: convites, sarao, limosnas a los pobres, banda de música con cornetín y tamborilero, y, al día siguiente, una función de títeres a cargo de "un maniobrista de muñecos", que ya abarca la totalidad del tercer acto.

"Esto era ya echar la casa por la ventana; pero como la generala decía: «el corpus tiene su octava y la boda de Paco también»".

En la "Función de títeres" Ciro Bayo se limita a escenificar un cuentecillo popular en el que una mujer asegura querer y ser fiel a su marido incluso aunque este muriera. El hombre al oír esto, y para comprobar su veracidad, finge morirse; y comprueba, en contra de lo que su mujer prometía, que ésta ni le compra flores, ni le amortaja con su manto de gala ("mejor es que le envolvamos con una piel podrida que pensaba tirar al muladar"), ni piensa respetar su recuerdo y sí aceptar el consejo de su vecina: "No os apuréis; a rey muerto rey puesto. Buscad otro marido que os mantenga como lo hacía Juan. Lo que sobran son hombres".

Cuando el marido se percata de las verdaderas intenciones de su mujer 'resucita' y la muele a garrotazos.³¹

A pesar de la trama elemental y del machismo que salpica al cuento, tiene algunos detalles humorísticos de aceptable originalidad:

“LA MUJER ¡Ay, vecino que desgraciada soy! ¡Ved a mi marido muerto! ¡Ah! ¿Por qué no murió todo mi ganado en vez de Juan?

EL VECINO Mucho le queríais cuando decís que dierais todo vuestro ganado a cambio de vuestro marido.
¿Qué ganado es el vuestro, vecina?

LA MUJER Voy a decíroslo; el que tengo en casa: el gato, el perro, una docena de ratones y un enjambre de pulgas y cucarachas”.³²

Hasta aquí la historia de la generala de Arenas y el relato de las aventuras por la sierra de Gredos. En las siguientes jornadas el viajero vivirá otras por los pueblos de Cáceres, pero eso ya es harina para otro costal.

Para terminar este trabajo, solo me resta –según mi esquema– apuntar algunos detalles de carácter estilístico sobre el cuento de “la generala” y un par de notas sobre algún aspecto conceptual que, siendo accesorio, me parece destacable.

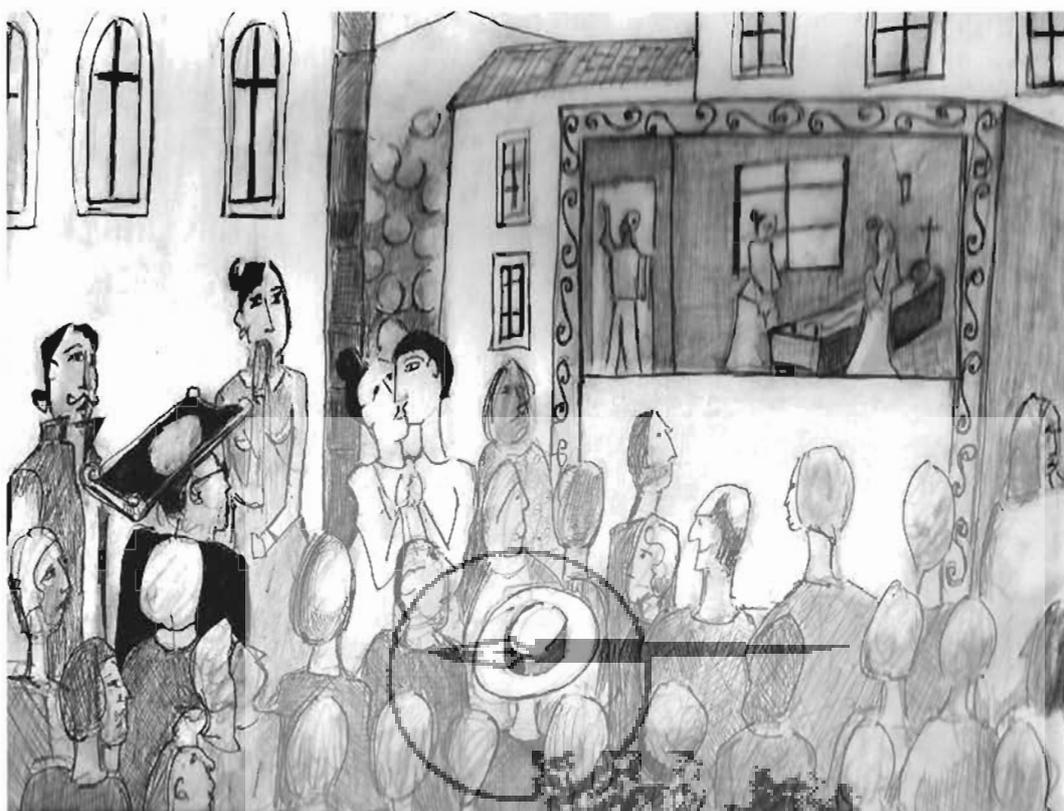
En el enredo dramático que supone la historia de doña Petra y de Paco, se repiten los mismos elementos estilísticos que hemos comentado para toda la novela: las referencias literarias, los cultismos, las digresiones morales, el humor fino y la abundancia de coloquialismos, frases populares y giros arcaizantes. Aquí va una sarta incompleta: ‘y cuya la causa’, ‘por estos pagos’, ‘sobre no hacerle caso, encima...’, zopenco, tunante, peripuesto, ahuequemos, ‘vivir a salto de mata’, ‘zurrar la badana’, desaborido, ‘armar cisco’, catar, garlito o ‘darte a deseo y oler a poleo’.

Pero entre tanta naturalidad y hablar castizo, se deslizan algunas pinceladas líricas de romántica belleza: “La noche estaba serena, y turbio y silencioso el ambiente; silencio y oscuridad apenas interrumpidos por el cabrilleo de las estrellas y los trinos de un ruiseñor en la olmeda del río”.³³

³¹ Transcribo literalmente la nota que Joaquín de Entrambasaguas inserta al final de este capítulo: “esta farsa, que bien pudiera intitularse *Muérete y verás*, es una de tantas que, como la *Danza de la muerte*, se popularizó en Europa cuando la Edad Media. La representación de maese Pedro de Arenas es una paráfrasis de Hans Sachs, maestro cantor alemán del siglo XV”. BAYO, C., ob. cit., p. 186.

³² BAYO, C., ob. cit., p. 185.

³³ BAYO, C., ob.cit., p. 176.



"Dispuso la generala una función de títeres en el patio de la posada." (Ilustración de J. A. Pájaro)

Y descripciones precisas y amorosas del paisaje, no exentas de denuncia: "Entretanto, nos íbamos acercando a Arenas, cortando por dehesas y pinares que aquí se extienden leguas y leguas. Estos pinos meridionales aparecen en verano tales cuales eran en invierno cuando toda esta tierra yace como un sudario de nieve. Lo único que ha cambiado es la canción que el viento arranca de sus ramas –arpas les llama Arolas³⁴- y el vaho de la aromática resina quemada por el sol. Algunos de estos árboles son centenarios, porque la civilización no entró todavía aquí, con el fecundo y ruidoso cortejo de sus inventos, a aprovecharse de los dones forestales".³⁵

³⁴ Arolas: Juan Arolas Bonet (Barcelona, 22 de julio de 1805-Valencia, 25 de noviembre de 1849), poeta menor, aunque muy popular, del romanticismo español. Es probable que Ciro Bayo se refiera a esta estrofa de Arolas:

*Los pinos son las arpas del desierto
que, entregando a los auros su ramaje,
dan a la soledad largo concierto
con un eco monótono y salvaje.*

("Las armonías". Poesías. 1830-1846; cito por la edición de Luis F. Díaz Larios, Ediciones Atlas, Madrid, 1982, p.152).

³⁵ BAYO, C., ob. cit., p. 169.

Por último, se me antoja señalar los evidentes ramalazos de machismo –y hasta de misoginia– que eran corrientes en el autor y en su época: ‘no hay hija de Eva que no caiga tarde o temprano’, ‘hallaba muy humano, muy natural el capricho por otra hembra’, ‘cuando haces lo que te mando, cuando eres sumisa y trabajadora, entonces te quiero; cuando no haces lo que me cumple no te quiero y te mido las espaldas’.

No todo es así, ni mucho menos. Además, ciertas frases se podrían justificar por su contexto; pero lo que parece claro es que don Ciro Bayo, al que no se le conoció romance alguno, no tenía especial cariño a los personajes femeninos de sus novelas.

Tras este último apunte crítico, sólo me resta decir que considero suficientes las notas que he ido espigando a pie de página para la comprensión y justificación del texto, así como para la posible ampliación de datos que pueda necesitar algún eventual lector curioso. Por tanto, les privo de una página más de engorrosa bibliografía.

No obstante, creo conveniente anotar las tres ediciones críticas que conozco, ordenadas por el nombre del editor, de “El peregrino entretenido”:

- Alicia Redondo, *Obras completas de Ciro Bayo*, Tomo I, Biblioteca Castro, Madrid, 2005.
- Joaquín de Entrambasaguas, *Las mejores novelas contemporáneas*, Tomo IV, Planeta, Barcelona, 1969; y
- José Esteban, *El peregrino entretenido. Viaje romancesco*, Ed. Renacimiento, Sevilla, 2002.

Se lee en dos tardes.

